EL PRIMER CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

por: Guillermo Lohmann Villena

Hoy, 23 de Abril, aniversario del tránsito a la inmortalidad de Miguel de Cervantes Saavedra, penate del idioma, y de Garcilaso Inca de la Vega, símbolo de la peruanidad, celebra la Academia Peruana de la Lengua junta pública y solemne para conmemorar la primera centuria de su existencia, adelantándose impaciente a recordar efemérides tan fastas, pues en rigor enterará un siglo de andadura sólo el 30 de Agosto próximo, día en que inició oficialmente sus labores bajo los más venturosos auspicios, si bien ya desde el 5 de Mayo del mismo año de 1887 la Corporación matriz, por «unanimidad y con íntimo júbilo (acordara) autorizar la creación... de un cuerpo literario denominado Academia Peruana Correspondiente a la Española», para completar su salutación de bienvenida con este párrafo: «La Academia Española estimará fausto el día en que pueda contar con el auxilio de su nueva hermana la Academia de Lima para la benéfica y alta empresa de custodiar la hermosa lengua con que se envanece en ese y este país, diversos en el orden político, pero cuyos naturales tienen una misma patria literaria». (1) Buena oportunidad para echar una mirada atrás y entrar en cuentas. Aplicada más al trabajo silencioso que a forjar una imagen de oropel, acaso la obra cumplida puede haber pasado inadvertida para una opinión general que se alimenta más de la bambolla que de la sustancia, mas a ningún observador discreto se le podrá escapar la solidez y la hondura del trabajo desarrollado por nuestra entidad, que hace esta noche un alto en el camino para recordar su trayectoria, dentro de la austera sobriedad que es propia de su instituto. A lo largo de la centuria corrida, no cree la Academia Peruana de la Lengua haber escrito en el agua.

A lo largo de la centuria corrida, no cree la Academia Peruana de la Lengua haber escrito en el agua.

El idioma, elemento esencial cohesivo de una sociedad, es el area donde se depositan las herencias colectivas, el cofre donde se guardan los tesoros de una comunidad. Recordemos la afirmación de Unamuno: «La lengua no es la envoltura del pensamiento, sino el pensamiento mismo». La lengua, junto con la Historia, es el factor que provee de confianza y unidad a un pueblo para encarar su destino. El desprecio a la Historia, que es desprecio a la vida acumulada, y el desprecio a la Lengua, mancillada en tantos puntos sensibles, sólo conducen a vaciar de contenido espiritual a una nacionalidad y a despojarla de sus valores vertebrales. En los duros embates de nuestro pasado, los peruanos se enfrentaron al infortunio con todo el fervor de una comunidad de raíces milenarias, con toda la esperanza de gente que se siente histórica, viva, con una tradición y una cultura propias. Una manera de ser peruana para sobrevivir en horas aciagas estaba y estuvo en ese afán por mantener los hilos de la cultura en torno a los dos polos de conservación: el idioma y la historia. La unidad de la cultura popular en torno a la lengua española, el idioma de la identidad, y la historia vinculada al culto a los días de gloria, permitieron que el Perú renaciera una y otra vez. En ese altar, en el que sólo cabe el recogimiento patrio, la Academia Peruana de la Lengua ha oficiado con fervor y con recato, de acuerdo con la tradición de dignidad que ha revestido durante siglos nuestra vida cultural. Cada corporación tiene su voz propia, un mensaje que transmite por encima de personas, de vaivenes y de modas, en una armonía lograda con largas experiencias y muchas reiteraciones, compartidas con la vida del país. La Academia Peruana, fiel a esa vocación, que arranca ya desde sus inicios, ha tenido por principal objetivo de su existencia responder a esa palpitación nacional.

Como lo ha puntualizado recientemente el lingüista Gregorio Salvador, «español hablado y español escrito han estado siempre muy cerca y han mantenido un continuo intercambio a lo largo de los siglos. No hay en nuestro idioma ese abismo, con

frecuencia insalvable, entre lengua literaria y lengua coloquial o familiar que en otros ámbitos lingüísticos existen» (2). Nuestra corporación ha desplegado particular esmero, y de ello dan fe las pelazgas, a veces ásperas e intemperantes de don Ricardo Palma, en la misión de engastar en el español utilizado por los trescientos millones de hablantes de la comunidad hispánica, los peruanismos, reflejo y expresión de nuestra idiosincrasia, nuestra peculiaridad y nuestro legado cultural, coloreando así el caudal lingüístico común y proyectando hacia predios ajenos los hondos saberes de nuestro país, creando así con una limpia brisa idiomática ese caudal. Los nombres de ilustres lexicólogos -aludo a Palma, a Juan de Arona, a Benvenuto-, predecesores de los no menos ilustres que actualmente militan en nuestras filas, abonan una trayectoria de la que nos sentimos orgullosos. Quede, pues, constancia de que la Academia Peruana no ha sido ni un cenáculo ajeno a la realidad nacional ni un refugio de eruditos, sino una institución abierta a la vida cotidiana, deseosa de corresponder a su objetivo.

Al volver sobre la estela de sus cien años de vida y echar una mirada retrospectiva, nuestro Cuerpo literario experimenta la complacencia de haber acumulado en su trayectoria secular como timbres de honor no sólo el hecho de su supervivencia en un país en el que con lamentable repetición las instituciones o arrastran una carrera lánguida o sucumben en medio de la indiferencia general, sino sobre todo haber marcado su impronta sobre el panorama cultural del Perú. Los discursos de incorporación, los trabajos y artículos en el Boletín institucional, la participación en la Asociación Permanente de Academias (en cuya Comisión Permanente nuestros representantes han puesto muy en alto el nombre del Perú), la ininterrumpida aportación de papeletas lexicográficas, redactadas con rigor y pulcritud, son apenas los testimonios visibles de una labor silenciosa y abnegada, en la que el móvil principal ha sido proseguir una tradición de prestigio y renombre.

Verdad es que la Academia Peruana no fue la primera en crearse en nuestro Continente, pues desde que en 1870 la Es-

pañola autorizara la fundación de cuerpos filiales americanos que acogieran formalmente en su seno a los Correspondientes que ésta designaba a título puramente personal, la precedieron la colombiana en 1871, la ecuatoriana en 1874, la mexicana en 1875, la salvadoreña en 1876, la venezolana en 1833 y la chilena en 1855, en compensación puede gloriarse el Perú con toda justicia del decanato de la vinculación e los hombres de letras americanos con la institución matriz. Entre los veinticuatro Individuos de Número de la época fundacional (1714), el primero ultramarino que ocupó un sillón fue el piurano Diego de Villegas y Quevedo, que colaboró en el magno monumento lexicográfico del primer diccionario, el de Autoridades por antonomasia. Desde Octubre de 1730 asistió en Madrid a las tertulias en la casa del fundador, el Marqués de Villena, en la plaza de las Descalzas Reales, y dos meses más tarde, todavía como Supernumerario (por no haber aún vacante), se le confió a él sólo la composición de la letra M - aunque lo usual era que el encargo se distribuyera entre varios colegas-. Así entraron en el Diccionario las voces *macana*, *maguey*, *mamujar*, *manjar blanco*, *mate* y *mazamorra* (en su acepción limeña).

El 6 de Marzo de 1732 presentó 1.060 cédulas correspondientes a la sílaba inicial *Ma*, y en Enero del año siguiente la letra *M* por entero. De la magnitud de la labor cumplida por nuestro compatriota certifican las 394 columnas del tomo cuarto del Diccionario en su edición príncipe.

En Diciembre de 1732 fue promovido a la categoría de Numerario, y concurrió con asiduidad a las juntas académicas hasta Marzo de 1735, en que inició viaje de retorno al Perú (3).

No podía Lima dejar de estar presente en este elenco de vinculaciones personales con la Academia madrileña. Lo encabeza Mariano Joaquín de Carvajal y Vargas y Brun, nacido en la capital del Virreinato en 1742 (4). En 1758 entró en el Colegio de San Martín, y culminó sus estudios en la Universidad de San Marcos, en la que en 1787 obtuvo la Licenciatura y el Doctorado en ambos Derechos. De él nos aseguraba su padre que, dejando de lado los juegos propios de la edad infantil, había sido

«su continuo ejercicio desde que tubo uso de Razón el de las Letras, el manejo de los Libros y la aplicación de particular estudio de noticias apreciables y antigüedades de varones ilustres...» (5). Tan loable vocación fue reconocida por las Academias Españolas de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, que le admitieron en su seno en Abril y Junio de 1773 en la categoría de Honorario. Se conserva el discurso de orden leído en la junta celebrada hace exactamente hoy 214 años en la segunda de dichas Corporaciones (6). Se intitula «Glorias del Perú» y en él, tras la protocolaria cortesía hacia la entidad que le acogía, se aplicó a vindicar los méritos de los peruanos, «dando una breve idea de su nobleza, armas, letras y virtud, cuya apología ilustra con notas históricas para la mejor inteligencia...» (7). Falleció en Madrid en 1796.

Su único hijo varón fue José Miguel de Carbajal y Vargas Manrique de Lara, que vino al mundo en Lima en 1771, y fue el segundo duque de San Carlos. Cuando aún no tenía cumplidos ocho años, pronunció una creación latina en la Universidad de San Marcos, en la que en 1787 se graduó de Licenciado y Maestro en Artes, con originales tesis sobre hidrostática e hidráulica. Caballero de Santiago (1784), Orden que dejó por ser incompatible con la de Alcántara, en la que se cruzó posteriormente. Gentilhombre de Cámara con ejercicio en el cuarto del futuro Fernando VII desde 1796, de quien resultó, al decir de la Reina María Luisa, «el amigo más leal y más pérfido». En la sesión del 10 de Noviembre de 1814 la Academia de la Lengua lo eligió Numerario y Director, promovéndole el 25 de Septiembre del año siguiente a perpetuo en este último cargo. Fue el décimo en la serie de jefes de ese Cuerpo literario en una de las épocas de más fecunda actividad: durante su mandato aparecieron la quinta y la sexta ediciones del Diccionario; en 1815 y 1816 sendas de la Ortografía castellana; en 1815 se imprimió el *Fuero Juzgo* y en 1819 el *Quijote*. Murió en 1828 (8).

A título puramente testimonial cabe incluir entre nuestros compatriotas a don Juan de la Pezuela y Ceballos, Marqués de la Pezuela (1852) y Conde de Cheste (1864), Caballero del

Toisón de Oro, nacido en Lima en 1809, ciudad que abandonó a los ocho años de edad, cuando su padre el Virrey le envió a Madrid para ingresar como alumno en el Colegio de San Mateo. En 1845 fue honrado con la venera académica, y desde 1875 hasta su fallecimiento en 1906 ocupó la Dirección del cuerpo literario. Mantuvo una emotiva remembranza de su patria, y de ello tuvo reiteradas pruebas don Ricardo Palma durante su estancia en Madrid(9).

La ruptura de los lazos políticos con la Metrópoli no interrumpió esta cadena áurea de vinculación con la Academia Española, cuyos miembros no fueron indiferentes a los méritos y prestigio en la República de las Letras acumulados por insignes escritores de nuestro siglo XIX, distinguiéndoles con la designación de Correspondientes extranjeros. El primero, en 1860, don Felipe Pardo y Aliaga, discípulo de Alberto Lista y compañero en la Casa de educación de San Mateo y luego en la Academia del Mirto de literatos del relieve de Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, de Ventura de la Vega, del referido Pezuela, de Bretón de los Herreros y de Patricio de la Escosura. Individuos de Números todos ellos posteriormente de la Academia Española, no fueron remisos a la hora de recordar esa juvenil amistad y -como él mismo les significara- «sólo un espíritu de camaradería» podía haberles impulsado a otorgar el honor de la venera al autor de *El espejo de mi tierra* (10). En 1871 se discernía la misma distinción al General don Manuel Ignacio de Vivanco, Supremo Director de la República en 1843 (y cuyo Ministro de Relaciones Exteriores fue precisamente Pardo y Aliaga), impenitente lector del *Quijote* y que, según es fama, llevaba siempre en su tienda de campaña una colección de los clásicos españoles. En aquel mismo 1871 Manuel Pardo, Presidente de la República desde 1872 hasta 1876 e hijo del repetido don Felipe, pasaba a ser tercero en la serie de Correspondientes peruanos, seguido en 1875 por Monseñor Pedro José Tordova, que en ese entonces asumía la mitra cuzqueña.

El 11 de Abril de 1878 se agregaba un nombre preclaro a este elenco: el de don Ricardo Palma. Merced a la curiosidad de

Aurelio Miró Quesada Sosa sabemos que fue propuesto por el Secretario Perpetuo Tamayo y Baus, por Rodríguez Rubí, ambos prestigiosos dramaturgos, con el primero de los cuales mantenía de antiguo el ya afamado tradicionista relación epistolar, y por Francisco de Paula Canalejas, distinguido literato andaluz. En la Junta celebrada en esa fecha le votaron 16 de los 17 Numerarios presentes. En Lima se conoció la noticia a principios de Junio, y los principales periódicos que por entonces se publicaban en nuestra capital consagraron sus columnas a relieves la distinción (11). Ya en su nota de agradecimiento a Tamayo y Baus el flamante Correspondiente le adelanta el propósito de cumplir su compromiso como tal acopiando los *peruanismos* «que por ser más generales merezcan carta de naturalización...», con lo cual demostraría su laboriosidad.

La lista se enriquece rápidamente en los años siguientes. En 1879 se confiere la distinción al General Manuel de Mendiburu, benemérito autor del *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*; en 1880 al ilustre juriconsulto y efímero Jefe del Estado Francisco García Calderón, al historiador don Eugenio Larra-bure y Unánue, el pulcro escritor José Antonio de Lavalle (*Perpetuo Antañón*) y a don Pedro Paz Soldán y Unánue (*Juan de Arona*), que perfilaba su celeberrimo *Diccionario de peruanismos*; en 1884 al ilustre orador sagrado Monseñor José Antonio Roca y Boloña, y finalmente, en 1885, a don Juan Antonio Ribei-ro, rector de la Universidad de San Marcos desde 1868 hasta su óbito en 1886, y al futuro Arzobispo de Lima, Monseñor Manuel Tovar. La nómina, como podrá apreciar quienquiera tenga alguna noticia de nuestra baraja de literatos de esos años, incluía a los más distinguidos por entonces. Con ese equipo juzgó Palma (a quien se debía la propuesta de muchos de ellos para el otorgamiento de una venera) que bien podía el Perú seguir el ejemplo de la media docena de repúblicas hispanoamericanas que se habían adelantado a constituir Academias correspondientes.

No faltaron por cierto en nuestro medio conatos anteriores de similares corporaciones literarias. En 1867 la Academia Nacional de la República del Perú o Academia de Ciencias y Bellas

Artes agrupó a lo más selecto de la intelectualidad limeña, bajo la presidencia inicial del fogoso orador José Ma. Quimper, a quien sucedió don Francisco García Calderón. En 1871 se fundó el Club Literario, entre cuyos miembros figuraron varios que luego ocuparon sillones en la Academia Correspondiente.

Sobrevino la Guerra del Pacífico y tras ella un período de postración, que con dificultad se fue remontando en años «de vida lenta y pobre» (12). La crisis era extrema, y en un editorial de "El Comercio" de hace un siglo se afirmaba que «la existencia diaria del Gobierno y de la sociedad misma es un verdadero prodigio» (13). A despecho de circunstancias tan acerbas alboreó un tenue renacimiento cultural, marcado por la reorganización de los estudios, la renovación universitaria y, sobre todo, la creación de importantes centros, que respondían a la tradición cultural peruana: en 1885 el Ateneo de Lima (formado por Larra-bure y Unánue sobre las bases del fenecido Club Literario); en 1886 el Círculo Literario (réplica rebelde del anterior); en 1887 la Sociedad Amantes de la Ciencia, y por último, en 1888 la Sociedad Geográfica de Lima y la Academia Nacional de Medicina. Es congruente dejar en este punto constancia de que aun antes de constituirse oficialmente, ya los Académicos Correspondientes peruanos habían hecho acto de presencia corporativamente el Domingo 17 de Enero de 1886, en que se realizaron con gran solemnidad las honras fúnebres en memoria del rey Alfonso XII. Acudieron al templo, encabezados por Palma en su condición de decano, y ostentando las veneras.

Las primeras gestiones de Palma para crear una agrupación de los Correspondientes en el Perú se remontan a 1885, y al efecto recabó la autorización de la Academia Española para establecer una filial que, con el nombre de Academia Peruana Correspondiente de la Española «fuera como una prolongación de la corporación metropolitana, y como ella tuviera por misión el velar por la pureza del idioma y la cultura literaria, a la vez que estrechar los vínculos de afecto y solidaridad espiritual entre el viejo tronco latino y esta rama territorial de la raza». En la junta celebrada por la Academia madrileña el 4 de Noviembre de

1886 se acordó que el cupo de Correspondientes en el Perú ascendiese a doce, y para completar ese número fueron elegidos el historiador y arcaizante literato don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, el escritor Ricardo Rossel, y don César Goicoechea, discreto vate trujillano (14).

El Domingo 6 de Febrero de 1887, en el local del Ateneo (sito en los altos de la antigua Biblioteca Nacional, en el ala que caía sobre la calle de la Cascarilla), convocados por Palma, se reunieron Juan de Arona, Lavalle, Larrabure y Unánue, Gutiérrez de Quintanilla, Rossel y Goicoechea, con el objeto de estudiar la posibilidad de establecer una Academia Peruana. Después de un ligero debate, los concurrentes acordaron dirigirse al Gobierno, para demandar la respectiva autorización (15), aunque con posterioridad surgió la duda sobre la procedencia de tal requisito, y se constituyó una comisión compuesta por Palma, Larrabure y Unánue y Cisneros encargada de evacuar un dictamen acerca de la cuestión (16).

En el *Epistolario* del tradicionista se pueden espigar sabrosos chismorreos de lo ocurrido en las reuniones preliminares celebradas en Febrero de 1887. Tuvo que vencer no pocos inconvenientes y «salvar las quisquillas de partidatismo político que traen divididos a tan pocos hombres ...», aludiendo a sus once colegas. Como él no pertenecía a ningún bando, pudo actuar de enlace con todos y servir de componedor. En carta al mexicano Riva Palacio le confesaba: «No puede formarse idea de cuánto he tenido que trabajar para hacer armonizar a cuatro de los compañeros a quienes la maldita política traía reñidos hasta socialmente....». Se jactaba de haber logrado el avenimiento entre conservadores como Lavalle, Tovar, Goicoechea y Roca y Boloña, con liberales como él mismo, García Calderón, Cisneros, Larrabure y Unánue, Rossel y Gutiérrez de Quintanilla.

Superadas estas dificultades, sobrevinieron otras no menos embarazosas relacionadas con la persona que había de regir la corporación. En carta de 24 de Mayo del repetido año le revelaba al mismo Riva Palacio que al principio todo se había desarrollado sin tropiezos. «Discutimos un reglamento y acordamos li-

mitar a doce el número de Académicos, así como hacer la instalación solemne el 30 de Agosto, fiesta de Santa Rosa. El día que celebramos la cuarta reunión indiqué que la próxima junta sería para elegir Director por el primer período de dos años. El señor García Calderón exhibió mi candidatura para Director. Yo, por razones que me sé y que son largas para expresarlas en una carta -Palma era iglesista confeso, y no disimulaba su desvío del Presidente Cáceres- decliné ese honor en Monseñor Roca. Tuve en cuenta, y procediendo de acuerdo con cinco o seis de mis compañeros, que no convenía que la Academia naciese abanderada en política... Entre los Académicos en disponibilidad, la personalidad más notable que quedaba era Roca, clérigo que no es personalidad política...». La propuesta parecía haber ganado la aceptación general, cuando surgió un nuevo desacuerdo, que puso a la corporación en ciernes a riesgo de fracasar, pues los ánimos llegaron a encreparse peligrosamente (17). Se hizo necesario que Palma recurriera a su prestigio y a su decanato para que se llegara a una componenda. Por fin, en Marzo de 1887 podía trasladar a conocimiento de la Academia madrileña el siguiente Acuerdo, adoptado por unanimidad: «1. Que el que suscribe, con el carácter de decano de los Correspondientes, solicite de la Real Academia autorización para instalar la Academia Peruana en el próximo mes de Julio.- 2. Que la Academia Peruana conste sólo de doce miembros, designando para ocupar la plaza que hay vacante al doctor don Félix Cipriano Coronel Zegarra, cuyo nombramiento solicitará el Decano que se haga directamente por la Academia de Madrid, y 3. Formular un Reglamento, el cual será discutido en la próximas sesiones preliminares, y terminada la discusión, se procederá a elegir director, secretario y censor, de lo que, en su oportunidad, se dará aviso a Madrid» (18).

El Domingo 29 de Mayo se celebró junta general para la aprobación de los primeros estatutos de la que se llamaría Academia Correspondiente de la Real Española en el Perú, y un mes más tarde se procedió a la elección de la directiva. A la hora del escrutinio, y tras dos votaciones que resultaron un empate entre Palma y Lavalle, hubo que apelar a la suerte, que se inclinó por

este último. Como secretario salió elegido Cisneros, y el cargo de Censor lo ocupó Monseñor Tovar (19). A poco, por motivos de índole política, renunció Lavalle y el 5 de Agosto se eligió para sucederle a García Calderón. Al fin veía Palma coronados sus esfuerzos, pues aparte del beneplácito de la institución matriz, desde el 15 de Julio contaba con la aprobación oficial del Gobierno Peruano, cuyo Ministro de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia era por cierto el más reciente de los Académicos, Coronel Zegarra. Como un delicado homenaje a la primera santa peruana, se decidió que la ceremonia oficial de instalación se realizara el 30 de Agosto, fecha en que la Iglesia la recordaba y por ser fiesta nacional en el país.

El acto, realizado en el General de la Universidad de San Marcos, constituyó un verdadero acontecimiento. En la testera se instaló un dosel de brocado carmesí, con cornisa dorada. Debajo se había colocado un sillón alto que ocupó el Presidente de la República, Cáceres; más abajo, a su derecha, se sentó el representante diplomático de España, don Emilio de Ojeda, y a su izquierda, el Arzobispo electo de Lima, Monseñor Bandini. En la línea de estos dos sillones de honor, ocuparon asiento altos dignatarios de la Nación. Las sillas y gradas del anfiteatro estaban ocupadas por 140 damas, y las tribunas y galerías por casi el doble número de caballeros. El cuerpo Diplomático, en su totalidad, ocupó una tribuna especial. A la entrada del salón, una comisión de Académicos obsequiaba a los asistentes medallas conmemorativas.

A las tres de la tarde, a los acordes del himno nacional, hizo su ingreso la comitiva oficial, encabezada por el General Cáceres, a quien acompañaban sus Ministros. Los Académicos, a cuyo frente se hallaba García Calderón, recibieron al Jefe del Estado y pasaron a tomar asiento en este orden: a la derecha del Presidente de la República, el Director de la Corporación, y a la derecha de éste los Numerarios Paz-Soldán y Unánue, Larrabure y Unánue, Monseñor Tovar y Coronel Zegarra; a la izquierda, el Decano (Palma), Lavalle, Monseñor Roca, Rossel y Goicoechea, a cuyo lado tomó asiento el General Francisco Salazar, Mi-

nistro del Ecuador en el Perú y Correspondiente de la Española en su país. Los Académicos Cisneros y Gutiérrez de Quintanilla ocuparon los sillones destinados a los Secretarios de la Corporación.

Declarada abierta la sesión por el Director, Gutiérrez de Quintanilla dio lectura tanto a la comunicación de la Real Academia Española, de 6 de Mayo anterior, por la que autorizaba con «íntimo júbilo» la creación en el Perú de «un cuerpo literario denominado Academia Peruana, Correspondiente de la Española», como a los oficios cruzados con el Ministerio de Justicia nacional.

El texto de la nota recibida de Madrid, suscrita por el Conde de Cheste como Director, concluía con esta elevada invocación: «La Academia Española estimará fausto el día en que pueda contar con el auxilio de su nueva hermana la Academia de Lima, para la benéfica y alta empresa de custodiar la hermosa lengua con que se envanecen ese y este país, diversos en el orden político, pero cuyos naturales tienen una misma patria literaria».

A continuación, el Director, García Calderón, dio lectura al discurso inaugural, en el que tras las obligadas expresiones de cortesía, abordó cierta cuestión que había sido materia de opiniones varias. Cedámosle la palabra: «Natural y justo es, señores, que esta importante ceremonia excite la curiosidad general, y que se nos pregunte : ¿qué objeto tiene la Academia? ¿Por qué no se le ha dado el nombre de Academia Peruana?. Tan legítimas encuentro estas preguntas y otras semejantes, que me ha parecido obligatorio hacer de ellas el tema de mi discurso. De este modo, hoy, día señalado para la inauguración de la Academia, se sabrá perfectamente cuál es la misión que vamos a llenar, y qué debe esperarse de nosotros... La Academia correspondiente que se establece en Lima no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español. Siguiendo el movimiento intelectual del pueblo peruano, observando sus costumbres y usos, y estudiando su dicción, debe cuidar de que prevalezca entre nosotros el habla española, y al mismo tiempo tiene la obligación de examinar las innovaciones que se introduzcan

por nuestro modo de ser, acomodándolas al genio de la lengua castellana, y hacerlas conocer a las Academias hispano-americanas y a la Real Española, para que de todo resulte el idioma general. Por ese motivo no nos hemos dado el nombre de Academia Peruana. Lo llevaríamos, si tuviéramos que consagrarnos a una lengua propia, formada aunque fuera de la fusión de los idiomas principales que se hablan en el Perú. Mas, como este divorcio, en vez de sernos favorable, sería una verdadera causa de anarquía y aislamiento en América; y como además es imposible que idiomas incultos se sobrepongan a una lengua civilizada, nuestra misión es conservar la lengua castellana, y favorecer su desarrollo, sin que sufra su unidad por causa del extenso territorio en que impera y de la diversidad de naciones que de ella se sirven» (20).

La salvedad de García Calderón en orden a la denominación de la naciente Academia no había sido formulada a humo de pajas. Un pasaje de carta de Palma a Riva Palacio de 23 de Diciembre siguiente nos da la clave en estos términos: «Cuando yo redacté el primitivo reglamento, bauticé al cuerpo con el título de *Academia Peruana*; pero en la discusión quedé convencido de que debíamos llamarnos *Academia correspondiente de la Real Española en el Perú*. Y nuestro Director García Calderón, en el discurso inaugural expone someramente algunas de las razones que para adoptar tal denominación tuvimos, si bien calla otras que no era conveniente echar a lucir. La cuestión título es de tan alta significación para nosotros que preferimos disolvernos antes de cambiarlo. Tal es el acuerdo unánime de los diez académicos que concurrieron a la junta de anoche. Dejó (sic) de concurrir Paz Soldán, que es probable que sea el único que disienta, y José Antonio Lavalle..., que fue el que con más calor me combatió cuando en la sesión preparatoria del mes de Marzo propuse que nos denomináramos *Academia Peruana*. No creo que en esto del título nuestros respetables compañeros de Madrid hagan hincapié. Para ellos la cosa no vale la pena, y para nosotros es mucho...» (21).

El discurso de orden corrió a cargo de Palma, en razón de

la personal circunstancia de ser el más antiguo de los Correspondientes peruanos. Como él mismo lo precisó en el exordio, el tema de su intervención «no puede ni debe ser otro que compendiosa reseña del desarrollo que las bellas letras han alcanzado en nuestra patria, desde los días del coloniage hasta que, conquistada la independencia, entramos en el goce de la vida nacional... Tolerad, pues, que mi discurso revista carácter narrativo más que el didáctico que acaso tenáis derecho a prometeros».

Tras exponer una visión panorámica de la Literatura peruana, añadió Palma como colofón algunos conceptos que no será baldío repetir esta noche. Dijo hace un siglo: «No es cierto, señores, que las Academias sean cuerpos esencialmente conservadores. Ellas no ignoran que es ley inmutable la de que la vida se alimenta de la muerte; y las Academias no pueden ser refractarias a esa palingenesia eterna, a esa ley de renovación de elementos que es la ley del progreso, así en las esferas de la sociabilidad como en las de la ciencia y en las del arte. Quiera el Cielo, señores, que inspirándonos en la gloriosa tradición de nuestros estimadísimos compañeros de la Real Academia Española, y en el ejemplo envidiable que, en 1791, nos dieron los peruanos que crearon la Académica sociedad de *Amantes del País*, nosotros, por nuestra perseverancia en el trabajo y por la íntima cordialidad de afectos en nuestras relaciones personales, obtengamos la gratitud y el respeto de las generaciones que nos sucedan. Que la discordia no vierta su ponzoña en la copa de nuestras delectaciones literarias ...».

En guisa de remate, una fúervida exhortación final: «Señores Académicos: a la obra, como deber literario y como deber patriótico. Que no se diga, al comparar nuestras labores con las emprendidas por las Academias de las demás repúblicas, que los peruanos, para quienes Dios fue pródigo en la repartición de dotes intelectuales, quedamos rezagados por falta de esfuerzo para el trabajo, o de altivez para mantenernos a la misma altura de supremacía literaria que los Académicos de 1791... Señores Académicos: Que Dios no nos niegue, para las labores que vamos a emprender, la virtud de la perseverancia entusiasta, y así

habremos honrado a la patria y a la América, honrado a la civilización y a las letras, y honrándonos a nosotros mismos» (22).

El Acto prosiguió con un discurso del Ministro de España y una disertación de circunstancias de Monseñor Roca y Boloña, que entonó un encendido panegírico de la palabra, y terminó con unas breves frases de aprecio y estímulo del Presidente de la República. Estos sentimientos expresados por el Primer mandatario tuvieron de inmediato una manifestación tangible: el Gobierno concedió un ambiente en el recinto de la Biblioteca Nacional más una asignación de 2.000 duros, a pesar de la angustiosa crisis fiscal» (23).

Don Ricardo Palma estaba exultante. Al día siguiente le escribió al repetido Riva Palacio: «La función fue verdaderamente espléndida, y así lo declara, unánime, la prensa de todos los colores políticos. No pocas desazones me ocasionó el que llegáramos a instalarnos; pero dóilas por no ocurridas ante la grandeza del éxito. Creo, sin fatuidad, que en Madrid mismo no se habría hecho una actuación más lujosa y solemne y ordenada. -Tuvimos la asistencia del Presidente y sus Ministros, Cuerpo Diplomático y todos los altos funcionarios del país. Barra de 300 caballeros y 250 señoras y señoritas de lo más notable de la sociedad limeña. El salón no admitía más asientos, así es que hay mucha gente quejosa por no haber podido asistir» (24).

Se acuñaron 36 medallas conmemorativas, entre las cuales cinco de plata, que se remitieron a la Academia matriz como recuerdo de tan fausto suceso. Las cinco de metal noble estaban destinadas a los que por entonces desempeñaban cargos en la directiva de la Corporación madrileña.

En medio de las satisfacciones, no faltaron las gotas de acíbar. En algún órgano de prensa se tildó a la Academia de corporación aristocrática y anti-republicana y a sus miembros se les bautizó con el remoquete de los *españolizados*; el propio Palma no se libró de ser blanco de dieterios, calificándosele de hereje y mal cristiano (25).

Aunque la institución comenzó su andadura con muchos bríos, por desgracia no tardaron en enfriarse los entusiasmos. Al-

canzó todavía a recordar con solemnidad el aniversario de la muerte de Cervantes, el 23 de Abril de 1888, con una misa celebrada con gran concurrencia, pero ya dos meses después Palma se lamentaba de la imposibilidad de reunirse regularmente por falta de quórum (26).

No sin dificultades la Academia *sesionó* (con toda intención utilizó Palma el neologismo en una nota cursada al Secretario Perpetuo de la Corporación metropolitana) «con regularidad y con entusiasmo» hasta 1893. Es de sobra conocido que el año anterior Palma había viajado a España como delegado oficial del Perú a los actos conmemorativos del cuarto centenario del descubrimiento de América e investido de la representación del país a varios certámenes científicos. En cartera llevaba una nueva cosecha de peruanismos que se proponía incorporar al acervo lexicográfico del español en la inteligencia de que correrían igual favorable acogida que los tres centenares de voces admitidas en 1889. Un asunto baladí vino a dar al traste con tan risueñas esperanzas, y de paso se llevó de encuentro a la Academia que con tantos esfuerzos había organizado él mismo. ¿Quién hubiera podido imaginar que la empresa que bajo tan halagüeños augurios había iniciado sus singladuras en 1887 fuese a estrellarse con el más inesperado de los escollos: precisamente un término lexicográfico?

Cuando justamente la presencia de Palma en Madrid permitía abrigar las más firmes expectativas de una fecunda colaboración entre la Academia matriz y la flamante ultramarina, vino a agostarlas un percance inesperado. La manzana de la discordia fue nada menos que el verbo «presupuestar», que Palma consideró que debía de tener entrada en el Diccionario (lo encontraría en la vigésima edición).

El tradicionista concurrió a 15 sesiones de la Corporación madrileña desde el 20 de Octubre de 1892 hasta el 10 de Marzo del año siguiente. Ya en la primera de ellas adoptó un tono beligerante, hasta amenazador, si no se aceptaban a fardo cerrado todos los términos que presentaba. Delicadamente el acta de esa junta suaviza el tenor de su intervención, aunque mantenga el

fondo de la misma: «...la negativa de esta Corporación sería indicio que la Academia Peruana carecía de influencia y autoridad». En la reunión del 15 de Diciembre el debate fue todavía más áspero y proclamó: «...rechazando este neologismo daría motivo (la Academia) a que se disolviese la Peruana...». Como en efecto el término propuesto no mereciera el beneplácito de sus colegas madrileños, a quema ropa prorrumpió: «La Academia Peruana no volverá a reunirse...» (27).

Palma, picado en su amor propio, hizo cuestión de Estado tan minúsculo revés, y tomando el incidente a la tremenda, lo desquició hasta convertirlo en una tempestad en un vaso de agua, magnificándolo al extremo de escribirle a un amigo suyo que la negativa que nos ocupa «ha ofendido mucho a mis compatriotas» (28). Comunicó el hecho al Gobierno peruano, recomendándole declinar la suscripción de un convenio cultural con España, y azuzó a sus compañeros limeños, si no a disolver la Corporación, por lo menos a entrar en un receso indefinido, como señal de protesta por lo que estimaba un desaire inferido a ella. El epitafio es de la pluma del mismo tradicionista: «La Academia de Madrid, con su intransigencia para con los neologismos y americanismos, mató el entusiasmo, pues mis compañeros no aceptaron el seguir constituidos en Corporación de oropel, que no otra éramos, desde que nuestras iniciativas no se realizaban» (29).

En cartas de 10 de Setiembre de 1893 y 26 de Febrero de 1894 dirigidas a Menéndez y Pelayo declara a la Academia Peruana «difunta», y en 1895 se denomina a sí mismo Académico «desmandado» (30). Con intemperancia proclamó que el contenido del Diccionario es la letra muerta y que constituía un «cordón sanitario entre España y América» (31). En esta campaña no se reparó en barras: en carta a Rubén Darío, del 30 de Noviembre de 1894, exclama, categóricamente: «...levanto la bandera de la insurrección americana contra el Diccionario, cuya autoridad, antes que por mí, ha sido desconocida por ustedes, los modernistas y parnasianos, tan fecundos en crear palabras que el léxico no trae...» (32).

Años después, desvanecidos los humos de este berrinche, reanudó el envío de papeletas a la Academia madrileña, tenaz en su afán de ganar para los peruanismos una casilla de honor en el Diccionario (33).

Hasta la revivificación de 1917, aunque oficialmente en receso, no dejan de registrarse algunas noticias interesantes que bien vale la pena recoger, pues atestiguan que, aunque con intercadencia, la vida institucional se mantuvo latente. En 1906, de seguro a instancias de la Corporación matriz, hubo un intento de reanudar la actividad, aunque Palma comprobó desolado que el panorama era lamentable. Por sucesivas bajas habían raleado las filas: en 1893, Lavalle; en 1895, *Juan de Arona*; en 1897, Coronel Zegarra; en 1904 Cisneros y en 1905 el Director García Calderón habían bajado al sepulcro; Larrabure y Unánue desempeñaba funciones diplomáticas en el Brasil; Roca y Boloña y Tovar, ciego el primero y atacado de una enfermedad crónica el segundo, no abandonaban el domicilio; Rossel y Gutiérrez de Quintanilla, «que fueron muy distinguidos cultivadores de las letras, hace años que sólo dan culto a las letras de cambio» (34). Quedaban en la brecha únicamente el propio tradicionista y Goicoechea. En un gesto que le honra, y deponiendo la inquina que profesaba a González Prada desde el famoso discurso del Politeama, sugirió su nombre, junto con el de don Alejandro Deustua para cubrir dos de las cinco vacantes, aunque del autor de *Páginas libres* previene que era «un fustigador de la Academia» (35). En 1914, resignado, anota: «La Academia Peruana, correspondiente de la de Madrid, puede decirse que ha desaparecido».

Entre tanto, la Corporación madrileña había elegido como Correspondientes peruanos a don Mariano H. Cornejo (a quien seguramente propuso Echegaray, autor del prólogo a su tratado de Sociología editado en Madrid en 1908), y a don Pedro José Rada y Gamio (cuya biografía del Arzobispo Goyeneche mereciera el honor de ser prologada por Maura, Director a la sazón de la Academia Española). Palma, a fuer de Decano en el Perú, se sentía en el deber de exponer su opinión, y no disimuló su sorpresa por la debilidad de conferir diplomas a literatos inéditos,

calificando a Rada y Gamio, despectivamente, de «absurdo e iliterato» (36).

En 1915, retirado ya en su rancho mirafloresino, acaso en un gesto de tardío arrepentimiento por su intemperancia de 1892, o seducido por un irrefrenable amor a las Letras, no desoyó la invocación del Secretario Perpetuo, Cotarelo, de reconstituir la filial peruana, y le promete ocuparse en el asunto, aunque reconoce que el llamado a organizar la nueva Corporación, por su prestigio literario y condiciones personales, era José de la Riva-Agüero, «la intelectualidad peruana más notable del presente» (37).

En Octubre de 1916 adelanta «que estamos en vías de resucitar en Lima la Academia correspondiente». Para completar su personal, propuso a la institución matriz una nómina «que ha encontrado así en Madrid como en Lima muy buena aceptación». La lista de candidatos la encabezaba Deustua, «portavoz de la generación que declina», e incluía a Riva-Agüero - quien no obstante la diferencia de edad llama «mi amigo» -, Oscar Miró Quesada, Juan Bautista de Lavalle, Víctor Andrés Belaúnde, José María de la Jara y Ureta y José Gálvez. Como él mismo apostillaba, «a ellos corresponderá la satisfacción de restaurar el edificio que ya se derrumba» (38). En Mayo de 1917 llegó a Lima la comunicación oficial de Madrid por la que se notificaba que todos los propuestos habían sido aceptados, dispensándolos de la lectura preceptiva del discurso de incorporación.

El 12 de Agosto, en el domicilio mirafloresino del que ya era por aclamación el Patriarca de las Letras peruanas, tuvo lugar una reunión animadísima, en la que abundaron los proyectos y propósitos, y en el curso de la cual, ya como Academia autónoma, se procedió a elegir como miembro de ellas a don Francisco García Calderón Rey, a don Luis Felipe Villarán, a don Enrique A. Carrillo, a don Luis Fernán Cisneros (hijo del primer Secretario en 1887), a don Felipe Barreda y Laos y a don Enrique Castro Oyanguren, con los cuales se completaba el número de dieciocho a que se había acrecentado el original de doce (39). Veía así Palma colmado su propósito, si bien le confesaba a Cotarelo:

«bastante fatiga... llevo desde hace ocho meses en que me vino al magín la restauración o resurrección de la ya difunta Academia Correspondiente de la Española» (40).

La sesión solemne de reanudación de labores se realizó el 8 de Diciembre de 1917 en el mismo General de la Universidad sanmarquina que treinta años atrás había sido teatro de la fundación. Realizó con su presencia el acto el Jefe de Estado, don José Pardo (hijo y nieto de académicos), y baldado por sus dolencias y quebrantes físicos no pudo concurrir Palma, aunque a él se debió el discurso de salutación y supo con gozo que le «abrumaron las manifestaciones personales de afecto y de respetuosa consideración» (41). Las cuartillas dictadas por el tradicionalista fueron leídas por Víctor Andrés Belaúnde. En ellas, «satisfaciendo natural exigencia de mi cansado espíritu, consagró un rápido y cariñoso recuerdo» a los diez compañeros que la Muerte había ido arrebatando a lo largo de los tres decenios corridos desde 1887. Con los más entrañables términos fue evocando las semblanzas de los desaparecidos, desde el primer Director, Lavalle - *Perpetuo Antañón* - hasta Larrabure y Unánue, que pagó el común tributo en 1916. A continuación exteriorizó su complacencia por presenciar por segunda vez el establecimiento de una institución de alta cultura, compuesta por un personal selecto que, por su índole neutral, serviría para desvanecer el erróneo concepto del espíritu esencialmente conservador de las Academias. Concluyó con esta exhortación: «Pienso, señores, que la misión que toca a la Academia Peruana en esta nueva etapa de actividad debe ser de reacción contra la depravación de los ideales estéticos y contra la corrupción del noble idioma castellano...».

El discurso de orden se encomendó a don Javier Prado y Ugarteche, que disertó sobre el genio de la lengua y de la Literatura castellana, extendiéndose en especial sobre la evolución de la vida intelectual durante el Virreinato y el siglo XIX. Cerró el acto el Presidente de la República, augurando días de esplendor y prosperidad para la corporación que reanudaba sus tareas (42).

En la sesión del 15 de Febrero de 1918 renunció Palma el cargo de Director; por unanimidad se le confirió el título de Director honorario, transfiriendo la dirección activa a Prado y Ugarteche, que la retuvo hasta su fallecimiento, tres años más tarde.

A partir de esta última fecha, ausentes del país voluntaria u obligadamente la mayoría de los Académicos, sobrevino un nuevo colapso, del que apenas cabe rescatar que en 1926, ejerciendo la dirección Rada y Gamio, se incorporó como Numerario al entonces Jefe de Estado, don Augusto B. Leguía, cuyo discurso titulado «Reflexiones sobre el gobierno y los gobernantes» fue respondido por el Secretario Perpetuo Castro Oyanguren.

De esta mudez - nunca mejor dicho tratándose de una Academia de la Lengua, como lo expresara Porras Barrenechea en 1933 en su discurso de homenaje a Palma - vino a redimirla el cielo de Riva-Agüero. El 13 de Abril de 1934 el Secretario Perpetuo Castro Oyanguren se dirigió al insigne escritor participándole a sus colegas, «teniendo en cuenta los merecimientos» del destinatario de la comunicación «como hombre de letras y cultivador del idioma», habían acordado por aclamación designarle Director de la corporación (43). Se abrió así, bajo la regencia señorial de un prócer de nuestros anales literarios, la tercera y fecunda etapa de actividad ininterrumpida desde entonces.

Como él mismo confesara, al asumir el cargo directoral le animaba una «devoción fervorosa por nuestro idioma español y por las tradiciones, así morales como artísticas, que constituyen su alma histórica, su contenido y substancia...» (44). Fiel a ese credo, además de la misa vigiliada prevista en el artículo 13o de los Estatutos corporativos, instauró la práctica de celebrar sesiones públicas cada 23 de Abril, Día del Idioma. Predicando con el ejemplo, en 1934 abordó de un modo genérico las relaciones de Cervantes con el Perú, y al año siguiente realizó con mayor detalle una exégesis de *La Galatea*. Memorables fueron, además, su intervención en la velada del 18 de Enero de 1935, cuarto centenario de la fundación de Lima, y el magistral discurso del 27 de Agosto de ese mismo año, en que rindió homenaje a Lope de Ve-

ga. La sesión conmemorativa tuvo la particularidad de haber dado comienzo precisamente a la hora vespertina en que expirara en Madrid 300 años atrás el «Monstruo de la Naturaleza».

En 1934 fueron elegidos don Clemente Palma y Don Manuel Vicente Villarán para suceder en las vacantes que dejaran sus respectivos progenitores, y el 12 de Noviembre leyó su discurso de incorporación don Enrique A. Carrillo, en elogio de Monseñor Roca y Boloña, de cuyo nacimiento se conmemoraban ese día cien años (45). En 1935 tomaba posesión de su plaza Barreda y Laos, que trató de «La argentinidad en la Literatura Hispanoamericana».

En 1941, como prueba fehaciente de la amplitud de criterio que rige para el escogimiento de Numerarios, la institución regida por Riva-Agüero abrió sus puertas a intelectuales de la talla de don Jorge Basadre; de don Honorio Delgado; de don José Ma. Eguren; de don Guillermo Hoyos Osoreo, que leyó en 1944 su discurso de incorporación en el centenario de Monseñor Tovar; de don Mariano Iberico Rodríguez; de don José Jiménez Borja, que al año siguiente se incorporó con el delicado elogio de San Juan de la Cruz; de don Enrique López Albújar; de don Raúl Porras Barrenechea, cuyo panegírico de Pizarro en el cuarto centenario de su muerte es una pieza antológica, y del R.P. Rubén Vargas Ugarte, S.I., que ese mismo año tomó posesión de su plaza disertando sobre la elocuencia sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII.

Tras el fallecimiento ocurrido en 1944 de Riva-Agüero, tres años después asume el cargo de Director don Víctor Andrés Belaúnde. Durante su mandato suscribió nuestro país el 28 de Julio de 1960 el Convenio Multilateral sobre la Asociación de Academias de la Lengua Española, organismo surgido en 1951 en México. Electo en 1947, al año siguiente ocupa su sillón don Aurelio Miró Quesada Sosa, dando lectura a un buído estudio sobre el Perú en la obra de Tirso de Molina. Tras la designación de don Alberto Ureta en 1950, seis años más tarde una hornada de autores de categoría enriquece la nómina de la Corporación, a saber : don Luis Alayza y Paz- Soldán, que al incorporarse se

ocupó en «Luis Fernán, periodista y político: expresión del Perú»; don José Luis Bustamante y Rivero, que también al cabo de tres años ingresó con la lectura de unas «Consideraciones de orden lingüístico -Semblanza de Francisco García Calderón Rey»; don Rafael de la Fuente Benavides (*Martín Adán*); don Cristóbal de Losada y Puga, que en 1959 abordó «La enseñanza superior. Algunas reflexiones sobre ciertos problemas universitarios», año en que fueron asimismo electos don Alberto Ulloa y Don Héctor Velarde. En 1960 es llamado a nuestra Corporación don Ciro Alegría, y al año siguiente don Alberto Wagner de Reina, que confirmó su designación con el discurso «La historia como evocación».

En 1965 se invita a participar en las tareas institucionales a don Pedro Benvenuto Murrieta, que para tomar posesión de su plaza disertó sobre «Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra Academia» (46); a don Luis Jaime Cisneros, que ocupó su sillón dando lectura a un discurso relativo a «Lengua y mundo de José Galvez»; don Estuardo Nuñez, que lo hizo con una exposición sobre «La imagen del mundo en la literatura peruana», y finalmente, a don Augusto Tamayo Vargas, que probó cumplidamente el acierto de su elección con una exégesis de «Abraham Valdelomar», y que desde 1982 está a la cabeza de nuestra Corporación, dirigiéndola sin mandar, con discreta medida.

Al producirse el inesperado fallecimiento de Belaúnde, y para sucederle en el primer puesto de la institución, los Numerarios depositaron su confianza en don Aurelio Miró Quesada Sosa, que guió los destinos académicos desde 1967 hasta 1979. Es de estricta justicia realzar que la Corporación entra en una fecunda era de actividad: comienza a publicarse con regularidad el *Boletín* de la Academia, del cual han aparecido ya veintiún números y en cuyas páginas queda constancia puntual de la vida corporativa; se crean dos comisiones, la Filológica o Lexicográfica, encargada de investigar y absolver las consultas, y la de Publicaciones, y un hito importante: la adopción de nuevos Estatutos, que reemplazaron a los que se encontraban en vigencia desde 1887. El organismo pasa a llamarse ahora Academia

Peruana de la Lengua, y se definen con precisión sus campos de actividad: promover el estudio, el correcto uso y la defensa de la lengua española; esclarecer los modos peculiares de hablarla y escribirla en el Perú, e investigar y difundir la obra literaria de los grandes escritores nacionales.

En cuanto a su personal en 1971, se requiere la colaboración de doña Marta Hildebrandt, cuyo discurso versó sobre «Modismos y refranes en el habla de Bolívar», de don Guillermo Lohmann Villena, que expuso noticias sobre «La poesía satírico-política durante el Virreinato», y de don Francisco Miró Quesada Cantuarias, que se ocupó «De la Insula Barataria a la gramática generativa». Aquel mismo año sale a luz el primer volumen de la *Biblioteca de Clásicos Peruanos*, con una recopilación completa de las poesías de Melgar, al que seguirán en 1975 y 1976 otros dos con las de Pedro Paz-Soldán y Unánue (*Juan de Arona*). En dicho 1975 accede a una plaza don Juan Ríos Rey; en 1976 don Alberto Escobar, cuyo discurso trató sobre «Tipología, variedades y zonificación del español del Perú: propuestas para un debate», y don Fernando Romero, que abordó «El habla costeña del Perú y los lenguajes afronegros»; en 1977 don Mario Vargas Llosa da cuenta de «José María Arguedas, entre sapos y halcones»; en 1978 don José Tola Pasquel expone «La matemática: lenguaje, estética y significación», y en 1979 don Javier Sologuren diseña unas «Perspectivas sobre la poesía de Emilio Adolfo Westphalen» y don Alberto Tauro plantea su «Concepto del Perú».

En el mismo 1979 se produce el relevo en la Dirección, que pasa a ser desempeñada hasta 1981 por don José Jiménez Borja. Acontecimiento trascendental en la vida corporativa fue el VIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que se reunió en Lima del 21 al 26 de Abril de 1980. El grueso volumen con las actas de tan magna asamblea es el mejor testimonio de la importancia del certamen, y la prestancia de los concurrentes, la calidad científica de las ponencias y el relieve de las actuaciones públicas ratificaron el crédito granjeado por nuestra Corporación entre sus congéneres.

En la memoria de todos los presentes está vivo el recuerdo de los acontecimientos más principales de los últimos años. Ampliado a treinta el número de Académicos, se han ido incorporando, en 1981 don Luis Alberto Sánchez «Reflexiones sobre indianismo e indigenismo en la Literatura peruana» y don Luis Hernán Ramírez Mendoza «Elogio de don Andrés Bello, libertador y civilizador de América»; en 1982 don Carlos Germán Belli «La poesía de Jose María Eguren», don Antonio Cornejo Polar «La literatura peruana: totalidad contradictoria» y don José Agustín de la Puente Candamo «Reflexiones sobre la enseñanza de la historia del Perú»; en 1983 don Miguel Angel Ugarte Chamorro «El gesto y la expresión corporal en la lengua y la literatura española», don Enrique Carrión Ordoñez «Compilaciones de peruanismos anteriores a Juan de Arona», don Andrés Aramburú Menchaca «El periodismo como literatura y como magisterio» y don Manuel Pantigoso «La educación por el arte», y finalmente en 1984 don Manuel Solari Swayne «El lenguaje de las formas» y don José Rivarola «Lengua, comunicación e historia del Perú». La más reciente designación recayó, en 1985, sobre don Enrique Peña Barrenechea.

Aunque tediosa la relación del título de los discursos de incorporación, espera haber llevado al ánimo de los oyentes que todos encararon asuntos de importancia y carácter nacionales, y nadie podrá tildarlos de meros alardes retóricos o de puro virtuosismo académico, no obstante el ambiente en que fueron leídos. Por otra parte, los nombres de los 76 Numerarios que se inscriben en los anales de la Corporación, abonan que en el seno de ella caben todas las escuelas literarias, todas las corrientes estéticas, todas las tendencias ideológicas y todas las opciones políticas. Sus puertas se abrieron para acoger a la poesía con Eguren, Luis Benjamín Cisneros, Gálvez, Ureta y *Martín Adán*; a la filosofía con Deustua, García Calderón Rey, Delgado e Ibero; a la jurisprudencia con los Villarán y García Calderón Landa; al periodismo con Luis Fernán Cisneros, La Jara y Ureta, *Cabotín* y *Rasco*; la novela estuvo representada por López Albújar y Alegría; las letras clásicas por *Juan de Arona*; la Sociología, por

Prado y Cornejo; la crítica literaria por Clemente Palma y Jiménez Borja; la erudición por Lavalle, Coronel Zegarra, Alayza y Paz Soldán, Basadre, Porras Barrenechea, Riva-Agüero, Larraure y Unánue y Vargas Ugarte; el Derecho Internacional por Belaúnde, Ulloa y Lavalle (Juan Baustista); la lingüística por Benvenuto Murrieta; la educación por Losada y Puga y el purismo, por Gutiérrez de Quintanilla. Bajo su cúpula caben todos los saberes y todas las vocaciones.

Fiel a su tradición y ufana de su pasado, la Academia Peruana de la Lengua renueva en esta fecha su voluntad de servicio a la cultura del Perú y al mayor lustre de las Bellas Letras en particular.

NOTAS

- (1)- Comunicación de la Real Academia Española cursada al decano de los Correspondientes en el Perú, don Ricardo Palma, en 6 de Mayo de 1887, publicada en *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, pág. 123.
- (2)- «A B C», Madrid, 10 de Febrero de 1887.
- (3)- Lohmann Villena, «Don Diego de Villegas y Quevedo, Individo de la Real Academia Española (1696-1751)», en *Revista de Indias* (Madrid, 1944), núm. 15, págs. 41-88. Se hizo tirada aparte.
- (4)- Nació el 16 de Julio, y fue bautizado el 10 de Octubre siguiente (Parroquia del Sagrario. Libro 11 de Bautismos (1731-1742), fol. 165v).

Sus padres fueron don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, oriundo de Quilpolemu (Chile), y su prima segunda doña Joaquina María Brun y Carvajal, cuyo matrimonio se celebrara en Lima, en dicha parroquia del Sagrario, el 11 de Junio de 1741; Caballero de Santiago (1758); octavo Conde del Puerto, cuarto Conde de Castillejo, noveno Correo Mayor de las Indias, y desde 1768 primer Duque de San Carlos en compensación a la renuncia del cargo y rentas del Correo Mayor (Torres Saldamando, *Los Títulos de*

Castilla en las familias de Chile (Santiago, 1894), I, págs. 21-25, y Roa y Ursúa, *El Reyno de Chile* (Valladolid, 1945), pág. 393). Alcalde de Lima en 1750.

Mariano Joaquín casó el 22 de Febrero de 1764, en la iglesia del Milagro, con doña Mariana Eusebia Manrique de Lara, que aportó una dote de 30.000 pesos (El recibo fue otorgado por su cónyuge la víspera de la boda. Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1764 (606), fol. 171). Ella falleció en Lima en 1o de Julio de 1787.

Fue Caballero de Santiago (1757) (Lohmann Villena, *Los americanos en las Ordenes Nobiliarias* (Madrid, MCMXLVII), I, pág. 89) y Caballero Gran Cruz de la Orden de Carlos III (ibid., II, pág. 308). Quinto Conde de Castillejo; Gentilhombre de Cámara regia.

Por haberle ordenado la Corona que se estableciese en España, momentos antes de embarcarse en el navío «Nuestra Señora del Buen Suceso» que se hizo a la vela con rumbo a la Metrópoli el 23 de Enero de 1788, otorgó poder para testar (Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1787-1788 (650), reg. 1788, fol. 29).

En la Corte suscribió su disposición de última voluntad en 16 de Abril de 1796, y añadió un codicilo al día siguiente. En este último declara que «...llebado de su genio aficionado a Libros ha hecho una Junta de estos para que con la lectura fuese menor su ignorancia procurando subscribir y comprar las obras útiles y buenas que van saliendo...» y agrega: «igualmente declara haber compuesto diferentes Libros pertenecientes a las cosas eclesiásticas y seculares y de la Universidad de Lima como también otro presentado a la Real Academia de la Historia cuando se incorporó a ella... que no se impriman... porque necesitaban la última mano que le ha embarazado el tiempo...» (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Félix Rodríguez, núm. 20.215, fols. 316 y 330). No pudo suscribir ambos documentos «por no permitirlo la indisposición de su enfermedad».

Fue uno de los cuatro Censores nombrados por la Re-

al Academia de la Historia para dictaminar sobre el mérito científico de la *Historia del Nuevo Mundo* de don Juan Bautista Muñoz (1791) y formó una colección de las *Relaciones* de algunos gobernantes del Perú (Lohmann Villena, *Las Relaciones de los Virreyes del Perú* (Sevilla, 1959), págs. 38-39).

Su óbito ocurrió en Madrid el 23 de Abril de 1796.

- (5)- Cláusula 84o del testamento de don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, extendido en Lima el 31 de Diciembre de 1765; en la cláusula 88a se añade que tenía siete estantes de 2.50 m. de altura, con libros y papeles (Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1765 (609), Fol 1284).
- (6)- En la sesión de ese día, presidida por el Director Rodríguez Campomanes, este leyó un memorial de don Mariano Joaquín de Carbajal y Vargas, en que suplicaba que la Corporación «se sirva colocarle entre sus Individuos en la clase que más sea de su agrado...»; previo informe del Censor, que manifestó que el recurrente era acreedor a la gracia, y con acuerdo de los asistentes, fue admitido en la clase de Académico honorario (Real Academia de la Historia. Libro 5o de Actas (1767-1773), fol s.n.).
- (7)- Archivo Histórico Nacional. Madrid. Códices y Cartularios, 51-b.

El título reza: «GLORIAS DEL PERU. Oración que dirige a la Real Academia de la Historia Española, con motivo de su admisión en ella, en junta de 23 de Abril de 1773: en la que se manifiesta la utilidad de su establecimiento bajo la Real protección, y se vindica el mérito de los peruanos; dando una breve idea de su nobleza, armas, letras y virtud, cuya apología ilustra con notas históricas para la mejor inteligencia Mariano Joaquín de Carvajal Vargas y Brun, Conde del Puerto, Académico de San Fernando y de la Española». Dedicóla al Conde de Castillejo, su hijo primogénito, que a su vez la ofreció a su abuelo, don Fermín Francisto de Carvajal y Vargas (Lima 16 de Marzo de 1774).

He aquí el sumario: Oración gratulatoria (pags. I a X);

Introducción a las notas (pag. J); § 1, Noticia de los famosos conquistadores del Perú (pag. 2); § 2, Señoríos y mayorazgos disputados por peruanos en Chancillerías y Consejos (pag. 5v); § 3, Breve noticia de los títulos de Castilla en Lima, por orden alfabético (pág. 7v); § ..., Títulos que no han tomado denominación (pág. 24); § ..., razón de los mayorazgos existentes en Lima (pág. 25); §...IV, Embajadores, virreyes y Oficiales Generales (pág. 27); § ... Oficiales de menor grado (pág. 31); § V, Consejeros (pág. 34); § Consejeros Honorarios (pág. 35v); § VI, Ministros togados en varias Audiencias (pág. 36v); § VII, Arzobispos (pag. 47); § VIII, Obispos (pág. 51); § IX, Inquisidores (pág. 81v); § X, Peruanos que han sobresalido en Universidades de Europa (pág. 83); § XI, Peruanos que han sido Académicos celebrados por los sabios de la Europa (pág. 84v); § XII, Prelados Generales (pág. 86v); § XIII, Predicadores de reyes (pág. 91); § XIV, Capellanes de Honor (pág. 91v); § XV, Escritores peruanos (pág. 92); § XVI, Alcaldes ordinarios de Lima (pág. 128); § XVII, Regentes del Tribunal de Cuentas (pág. 153v); § XVIII, Presidentes de Audiencias (pág. 153v); § XIX, Pages, Gentilshombres y otros ministerios en el Palacio Real (pág. 155), y § XX, Personas ilustres en santidad que han florecido en el Perú (pág. 156-214v).

En el parágrafo XI menciona a Peralta Barnuevo, a Villagas y Quevedo, a don José Agustín Pardo de Figueroa, marqués de Valle Umbroso, a don Domingo de Orrantía, a don José Antonio de Borda y Orozco, al doctor Luis de Herrera y Vergara (doctor por la Universidad de Avila y relator de la Audiencia de Lima), miembros de la Historia los dos últimos, y finalmente a doña Francisca de Ceballos y Ribera, Académica de la de San Fernando.

Esta última era en efecto limeña, hija del oidor don José Damián de Ceballos Guerra y de la segunda Condesa de Santa Ana de las Torres, doña Josefa Marcelina de Ceballos Ribera y Dávalos (Riva-Agüero, *Obras Completas. VIII. Estudios de genealogía peruana* (Lima, 1983), pág. 204).

En 1743 contrajo matrimonio con el tinerfeño General Lorenzo Felipe de la Torre Barrio. Aunque la boda se celebró el 23 de Febrero de ese año, el recibo de la dote, ascendente a 80.000 pesos, se extendió el 13 de Diciembre siguiente (Archivo General de la Nación. Pedro Espino Alvarado, 1743 (303), fol. 720). Ella, en meses mayores de su embarazo, otorgó poder para testar a su marido en 22 de Enero de 1744 (Archivo General de la Nación. Francisco Estacio Meléndez, 1744 (368), fol. 61v). Viuda, pasó a segundas nupcias con don Nicolás Sarmiento de Sotomayor, que en 18 de Junio de 1769, de partida para España, suscribió su disposición de última voluntad (Archivo General de la Nación. Agustín Jerónimo de Portalanza, 1764-1769 (872), fol. 271v); fue posteriormente Conde de Portillo; Alcalde de Lima en 1785 y rector de la Universidad de San Marcos (1788-1789 y 1790); sujeto ilustrado y generoso.

La distinción académica probablemente fue conseguida en Madrid por su hermano, don Juan José de Ceballos Dávalos, tercer Conde de Santa Ana de las Torres, Mayordomo de Semana de Felipe V y Fernando VI, y Consejero de Hacienda, cuya devoción por el benedictino Feijóo le incitó a visitarle en Oviedo en ocasión de su segundo viaje a España (Cfr. *Cartas Eruditas* (Madrid 1774), V, pág. 252. Carta X).

- (8)- Nació en 8 de Mayo de 1771, y el bateo se verificó el 9 de Octubre siguiente (Parroquia del Sagrario. Libro 14 de Bautismos (1766-1774), fol 103v). Se radicó en España. Caballero del Toisón de oro y de Santiago (Lohmann Villena, ob. cit., I, pag. 90-92); Gentilhombre de Cámara de ejercicio, y Gran Cruz de la Orden de Carlos III; Consejero de Estado; Capitán General y Embajador ante las Cortes de París, Londres, Viena y Moscovia.

Falleció el 17 de Julio del año indicado, bajo testamento suscrito el 22 de Febrero de 1826 (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Manuel María de Paz. 24.078, fol. 22).

- (9)- Palma, *Recuerdos de España* (Lima, 1889), págs. 169-170.

Como testimonio de su entrañable adhesión a su ciudad natal, para deponer en las pruebas que se le siguieron para cruzarse en la Orden de Calatrava solicitó la comparecencia de dos peruanos: el arequipeño Teniente General Goyeneche, Conde de Guaqui, y el limeño Capitán don Pedro Bravo de Ribero y Aliaga, Marqués de Castell Bravo (Lohmann Villena, ob. cit., II, págs. 104-105).

Hay que descartar por completo la afirmación de que el Conde de Castañeda de los Lamos, Académico de la Española desde 1787, hubiese sido don Joaquín de Lamo y Zuñiga, primero de dicho título como consorte de doña Francisca Javiera de Castañeda (sobrina del Obispo del Cuzco, don Juan de Castañeda, adquirente del título), que falleció en Lima en 18 de Abril de 1779, bajo testamento otorgado seis días antes (Archivo General de la Nación. José de Aizcorbe, 1779, fol. 785). Era burgalés y le adornaba un espíritu ilustrado, pues en la cláusula 31^a de su mencionado testamento declaraba entre sus bienes una importante biblioteca, «... que toda se compone de obras selectas de autores clásicos y materias curiosas así los españoles como los franceses...»; en junto poseía medio millar de volúmenes. Fue autor del *Epítome Chronológico o Idea General del Perú...* (1772) (Real Academia de la Historia. Madrid. Colección Mata Linares, XLIII, fols. 1-380). Al fallecer sin dejar descendencia, el título pasó a su hermanastro, don Pio Ignacio Lamo Palacios del Valle, asimismo burgalés, Oficial Mayor de la Secretaría de Estado; Caballero de Carlos III, y Rey de Armas. Académico de la Lengua - como queda dicho - desde 1787 hasta el 22 de Octubre de 1818, día de su fallecimiento. Había suscrito poder para testar el 22 de Septiembre anterior, y testó el mismo día de su óbito (Archivo Histórico de Protocolo de Madrid. Juan de Mata Illana, 23.737, fols 416 y 450, respectivamente).

- (10)- V. Miró Quesada S. «Don Felipe Pardo en la Academia», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima,

- 1968), núm. 3, págs. 11-55, y en *Tiempo de leer, tiempo de escribir* (Lima, 1977), págs. 127-173.
- (11)- Cfr. *El Comercio*, núm. 14.097, del 3 de Junio de 1878 (que transcribe la gacetilla inserta en *La Epoca*, de Madrid, del 12 de Abril anterior), y *El Nacional*, del 2,6 y 7 del mismo mes.
- Circunstanciados pormenores de la elección pueden conocerse a través del artículo de Miró Quesada S., «Ricardo Palma, La Academia y las "Tradiciones"», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima 1969), núm. 4, pág. 30 y ss.
- (12)- Enrique A. Carrillo (*Cabotín*), Discurso de incorporación en 12 de Noviembre de 1934.
- (14)- Palma, *Epistolario* (Lima, 1949), I, págs. 70 y 555, y II, págs. 76 y 78.
- El Comercio*, núm. 16.075, del 23 de Diciembre de 1886.
- (15)- *El Comercio*, núm. 16.111, del 7 de Febrero de 1887.
- (16)- *El Comercio*, núm. 16.122, del 8 de Febrero de 1887.
- (17)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 136, 139, 141 y 143.
- (18)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 70.
- (19)- *El Comercio*, del 30 de Mayo de 1887.
- (20)- *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, págs. 126 y 131-132.
- (21)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 149-150, II, pág. 80.
- (22)- *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, págs. 142 y 145.
- (23)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 148.
- (24)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 145 y 555.
- (25)- Palma, *Epistolario*, I, Págs. 146, 155 y 224.
- (26)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 156.
- (27)- Cfr. Díaz Plaja, «Ricardo Palma y la Real Academia Española», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1983), núm. 18, págs. 43-51, y del mismo, «Intervenciones de don Ricardo Palma en la Real Academia Española en el año 1892», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1985), núm. 20, págs. 47-64.

- (28)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 234.
- (29)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 512-513.
- (30)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 86 y 88, y II, pág. 291.
- (31)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 273 y 274.
- (32)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 305.
- (33)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 99.
- (34)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 511.
- (35)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 512.
- (36)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 289, 548, 550, 553 y 563.
- (37)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 550
- (38)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 289, 552-553-554, 556, 558 y 560.
- (39)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 564-565-566 y 570.
- (40)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 567.
- (41)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 567
- (42)- Cfr. *Boletín de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua* (Lima, 1918), tomo I, Cuaderno 1, *passim*.
- (43)- *El Comercio*, núm. 47.604, del 15 de Abril de 1934.
- (44)- Riva-Agüero y Osma, *Discursos Académicos* (Lima, 1935), pág. 7
- (45)- *El Comercio*, núm. 47.988, del 13 de Noviembre de 1934.
- (46)- Cfr. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1968), núm. 2, págs. 31-46.